

17-10-2014

COSAS VEREDAS

ANTONIO RIVERO
TARAVILLO

Nombre entre nombres

DESDE *El Esplín de París*, y con Baudelaire, la ciudad ha protagonizado buena parte de la poesía contemporánea. Sus contradicciones, sus miserias, su vida casi siempre desquiciada han ido a parar, por ejemplo, al Poeta en *Nueva York* de García Lorca o, unos años antes, a T. S. Eliot en *La tierra baldía*. Ángel González fue autor de un título que lo dice todo: *Tratado de urbanismo*.

Junto a todo esto, sin embargo, hay una tradición que se remonta a tiempos muy lejanos pero que se acercan en realidad en cuanto vemos unos terrones junto a un arado o unos sarmientos, unas hileras de humildes hortalizas. Las raíces de esta poesía hallan su abono en Virgilio, y en el mismo siglo XX ha tenido seguidores como, desde el lado humilde, Miguel Hernández o, desde el de los terratenientes, José Antonio Muñoz Rojas.

Las cosas del campo: en buena medida, de esto es de lo que trata el recién aparecido poemario del lebrijano **Jacobo Cortines**. **Nombre entre nombres**. En un entorno de Andalucía la Baja, la tierra se erige como el

diorama en el que habitan y desaparecen (grande es aquí la presencia de los que ya se han ido) personas cercanas al autor, perteneciente a un mundo de labradores. *Escenarios* se intitula precisamente la primera parte, y *Ausencias* la segunda. Ambas

Qué bien viene levantar la vista y ganarla en la serenidad del campo

confluyen en la última, el extenso poema *Nombre entre nombres*, que es un gran fresco del mundo rural. Como dirían Jesús y José de las Cuevas, «historia de una finca».

En la dicción y algunas figuras hay aquí un aleteo de Leopardi y de Cernuda. Ese acento elegíaco es el que tiñe ese «mundo de ayer» que el poeta recrea. Cerros, llanos, un patio de guijarros con jazmines, cuadras, corrales, las mieses, acebuches, «la carreta / llena de verdes juncos que los bueyes / han de llevar para alfombrar las calles». Adelfas, olmos y palmeras dan, con cipreses y una pimienta, sombra a los versos. Hay palabras que con solo pronunciarlas ya van hilando un poema, tan evocadoras. Espadañas, glicinas, arriates..., por no hablar de una de las más misteriosamente hermosas que ha acuñado nuestra lengua, que aquí comparece pródigamente multiplicada: lubricanes. Pero también hay que saber ensambalarlas, como Cortines, en este paisaje que baña el Guadalquivir: «El nombre de una casa en tus oídos, / cerca de una marisma que dorada / recuerdos en verano / y celeste o de plata con las lluvias».

Cegados ante la pantalla del ordenador, encenegados en la realidad urbanícola, qué bien viene levantar la vista y ganarla en la serenidad del campo.